



«La experiencia nos dice que el proteccionismo no es solución. Acaba siendo pan para hoy y hambre para mañana»

Señales proteccionistas

No hace falta ser el gestor de una empresa con gran proyección internacional para estar preocupado por los acontecimientos económicos y financieros en la escena global. A las inquietudes acerca de la debilidad de la recuperación en muchas de las economías avanzadas, se añade la incapacidad de los reunidos en torno al G-20 en Seúl para eliminar los riesgos proteccionistas que han emergido en los dos últimos meses de la mano de las cada día más frecuentes formas de manipulación de los tipos de cambio. La distancia a la temida escalada de tensiones entre competidores está un poco más cerca. La tentación de algunos Gobiernos de encontrar vías rápidas con las que reducir el elevado desempleo es la principal motivación de esas tensiones, que podrían pasar a mayores. La experiencia nos dice que el proteccionismo no es solución. Acaba siendo pan para hoy y hambre para mañana, pero es verdad que tiene una dimensión política, potenciadora de ciertos nacionalismos económicos, que pueden aportar sus dividendos electorales. Mal favor harán, sin embargo, los Gobiernos que recurran a ese tipo de decisiones o no atajen esas tentaciones. El recuerdo de los años treinta debería ser suficiente.

La inquietud que habíamos albergado en las últimas semanas, cuando, a las tensiones bilaterales entre los Gobiernos de EEUU y China, se añadieron las de algunas otras economías avanzadas y de más emergentes, no ha desaparecido. La secuencia es conocida: inundación de dólares asociada a la continuidad de la política de «relajación cuantitativa» de la Reserva Federal estadounidense, depreciación del dólar frente a todas las monedas, incentivos a invertir en aquellas economías emergentes con tipos de interés más elevados a los que se añaden las posibilidades de revalorización del

tipo de cambio, etc. Las respuestas de unos y otros han sido la escalada de intervenciones compradoras de dólares en los mercados de divisas y el establecimiento de penalizaciones a las entradas de capital extranjero. De las primeras, han sido sonadas las de los bancos centrales de Japón y Suiza; de las segundas, las muestras están en Brasil, Corea del Sur, Tailandia e Indonesia. Son decisiones no irreversibles, pero conviene recordar que fueron devaluaciones competitivas las que precedieron en los años treinta a aquellas «políticas de empobrecimiento del vecino» que derivaron en serias limitaciones al libre comercio.

Uno de los perjudicados de esas tensiones ha sido el euro. Su apreciación no es precisamente una buena noticia. La recuperación en las economías de la eurozona está lejos de asegurada y un encarecimiento de las exportaciones no la facilita. Ha hecho bien el BCE en no intervenir en esta «guerra cambiaria», pero, mientras las tensiones sigan, sería bueno que no se precipitara en la retirada de estímulos monetarios, que seguirán siendo necesarios, al menos para que los bancos de la eurozona aceleren su saneamiento y, de esta forma, hagan lo propio con la necesaria transmisión crediticia. No es un empeño fácil, porque, a los efectos de esas guerras cambiarias, se añaden los de la segunda edición de tensiones en los mercados de deuda pública europeos de la mano de la renovada desconfianza sobre la solvencia de Irlanda. Se trata de un contexto, en definitiva, que hace más necesaria que nunca la cooperación entre los Gobiernos, ya sea en el hoy más cuestionado G-20 o, quizá mejor, en el seno de un renovado fondo monetario internacional en el que se acaban de reconocer posiciones a las economías emergentes más acordes con su envergadura en la producción y el comercio global ::

EMILIO ONTIVEROS es presidente de Afi y catedrático de Economía de la Empresa de la UAM.
E-mail: eontiveros@afi.es